

CAPÍTULO V

*Falta de sociedad en México.—Familia Almonte.—
Una bebida rusa.—Un mail-coach improvisado.
—Lic. Carlos Rivas.—Senador Joaquín Redo.—
Senador Ildefonso Lancaster Jones, Arzobispo
de México.—Sr. Sebastián Camacho.—Frasesolo-
gía y nombres mexicanos.*

Dado lo afectuoso del carácter mexicano no se explica la falta de sociedad que existe y que tanto echan de menos los extranjeros.

El Presidente de la República nunca dá una *soirée*, baile ó comida; la falta de toda clase de reuniones no solo entre los particulares sino también entre el elemento oficial, es causa de que el cuerpo diplomático acreditado en México, pase totalmente inadvertido y aun sea desconocido, excepto para aquellos que por sus funciones estén en inmediato contacto con el mismo. El Jockey Club muy rara vez dá un baile, y tan insólito

to es, que un año después de haberse verificado aún se seguían haciendo comentarios sobre el mismo.

Hay, sí, algunas casas, pero muy contadas, donde sin previa invitación se recibe á diario y se pasan veladas deliciosas.

¿Qué extranjero hay que haya visitado la capital de México y no se haya hecho presentar en casa de esa *grande dama* conocida entre sus íntimos por Lupita Almonte, cuya morada es la *maison du bon Dieu*, y donde desde las dos de la tarde hasta la una de la madrugada permanece abierta á los innumerables amigos que la frecuentan?

Cuando la señora Almonte de Herran ofrece á uno su casa equivale á una invitación á sentarse á su mesa durante todo el tiempo que uno permanece en México. En los honores de la casa es ayudada por sus dos hijas, Juana, tan espiritual como adorada de sus amigos, y Clotilde, tan bella como magestuosa. Lo mismo que su señora madre, son tan finas y bondadosas como instruídas, y en su casa todo extranjero que

desconozca el idioma castellano tiene la seguridad de hacerse entender en el suyo, pues esta excelente familia ha viajado mucho por Europa y residido largo tiempo en París.

La amabilidad de la familia Almonte llega á tal extremo, que cuando se pasaban tres ó cuatro días sin que yo fuera á almorzar ó comer en su compañía, remitía atenta esquila para informarse si me hallaba enfermo ó ausente.

¡Con qué exquisito tacto estudian los gustos de cada cual de sus numerosos comensales, procurando siempre presentarles aquellos platos que les son más preferidos! Por las noches se baila, se hace música, se juega al tresillo, y sobre todo se disfruta de una *causerie* tan íntima como interesante, discutiéndose los sucesos más salientes del día; y á fe que ninguno es desconocido, resultando una verdadera agencia Reuter. A casa de la señora Almonte acuden no solo los diplomáticos y extranjeros de distinción, sino que también se hacen presentar los grandes artistas que van á la capital de México, ha-

biendo yo conocido y tratado algunos como Mazzantini y Coquellín *ainé*, á quienes en Europa solo conocía de vista.

El Sr. Hansen, Encargado de Negocios de Rusia, era tertuliano asíduo de casa de la señora de Almonte, y á este propósito recuerdo un día de la festividad de los Reyes, en que después de una cena en casa de la citada dama, nos preparó una bebida muy en uso en su país (entre aquellos que pueden costearla) y la cual no se borrará fácilmente de mi imaginación.

En una colosal ponchera vació cuatro botellas de Champagne, tres de cognac y dos de vino de Borgoña; agregó seis limones cortados en rajadas, colocando en el centro de esta mezcla un gran pilón de azúcar embebido en cognac y al que prendió fuego, á cuya acción se derretía, formando todo ello una bebida que resultaba un néctar y de la que cuanto más se bebía más se deseaba, dando por resultado que muchos de los que, como yo, no supieron contenerse, al poco rato hablaban en ruso.

Rafael Bernal, que fué uno de los que mayor honor hicieron al *grog* ruso, tuvo una excelente idea para que nos refrescásemos, idea que consistió en un paseo en carruaje, contando con el aire fresco de la madrugada; pero así que llegó el coche, tropezamos con la dificultad de que contaba solo con tres asientos y queríamos meternos diez.

Bernal supo allanar la dificultad convirtiendo aquella berlina de alquiler en un *mail coach*, á cuyo efecto se colocaron tres en el pescante, cuatro en el techo del coche y otros dos y yo en el interior. Se prescindió del servicio del cochero, á quien Bernal dió su tarjeta, diciéndole que corría todo de su cuenta y que terminado el paseo llevaría el carruaje á la cochera. Esto dió lugar á una viva discusión á que pusieron término dos vigorosos chasquidos, y salimos por aquellas calles como alma que lleva el demonio.

Al llegar al paseo de la Reforma, Bernal, que era quien guiaba, soltó las riendas y fustigó los caballos que continuaban á un galope vertiginoso, que parecían haber par-

tipado de la bebida alcohólica preparada por el Sr. Hansen, pues hacíamos tan tremendos zig-zags que nos exponían á cada momento á estrellarnos; pero como hay una Providencia para los *mareados*, no sufrimos accidente alguno.

Mis recuerdos sobre esta aventura son muy vagos; tengo idea de que me llevaron á un salón donde se bailaba y á otro donde se bebía y se llamaba Capellanes, y á un puesto ambulante donde tomamos una bebida atroz que creo me dijeron se llamaba «Chinguere». A las seis de la mañana me hallé en una habitación para mí totalmente desconocida y que resultó ser la de uno de los amigos que nos acompañaban. Quise retirarme y marchar á mi hotel, pero no me dejaban; tuvieron una especie de consejo y fallaron que me darían mi libertad, aunque como había tomado más alcohol del necesario era preciso bebiese toda el agua contenida en una de esas botellas conocidas con el nombre de «*verro d'eau*». No tuve más remedio que acceder y beberme cerca de

un litro de agua, que por el gusto debía estar desde meses en la botella. A este precio recobré mi libertad, y cómo llegué á mi hotel, eso nunca lo he sabido.

Otra de las casas de la capital donde suelen darse algunas reuniones es la del eminente jurisperito Dr. Carlos Rivas, cuya morada es modelo de buen gusto y todo en ella es artístico, y hasta sus oficinas, instaladas en la planta baja, son tan lujosas y llenas de comodidades, que debe ser muy codiciado ser dependiente en ellas. Es seguramente el escritorio más bonito que he visto en México. El Sr. Rivas dispone de un gran tren de carruajes y sabe servirse de ellos como pocas personas, pues tengo observado que desde las nueve de la mañana tiene en su precioso patio uno enganchado y listo á salir. El bufete del Sr. Rivas es de los de más movimiento de México, y á pesar de ser persona tan ocupada siempre recibe, y si bien las entrevistas que concede son muy cortas, siempre llevan el sello de la más grande cortesía y le dejan á uno la impre-

sión de haber sido recibido por un hombre del gran mundo que hasta en su manera de vestir tiene distinción. Desde tiempo inmemorial ocupa un asiento en la Cámara de Senadores, y hasta la muerte del general González fué el jefe del partido Gonzalista. En múltiples ocasiones ha sido designado para el puesto de Gobernador de uno de los Estados y cuyo honroso cargo siempre ha declinado por no desatender su acreditadísimo bufete.

Ya que he hablado de la Cámara de Senadores, no puedo menos de dedicar unas cuantas líneas en testimonio de gratitud á otra de las personas que en la misma toman asiento. Me refiero al Sr. D. Joaquín Redo, que en unión de su bellísima esposa, es de las familias de que mayores atenciones he recibido en México. La persona de quien me ocupó tiene un corazón de oro y es rumboso y espléndido como pocos, dedicando una buena parte de su cuantiosa fortuna á socorrer al necesitado. Su caridad es inagotable y amenudo he presenciado á las puertas de

su casa un verdadero jubileo de gentes en busca de una caridad que tenían la seguridad de conseguir.

Pocas señoras en México saben hacer los honores de su casa con la distinción de la señora de Redo, y en poquísimas se come tan bién como en la suya, y quizás en ninguna existe una *mise en scene* tan artística.

La casa de los señores de Redo es de las muy pocas en México donde puedan admirarse cuadros de los buenos pintores modernos, llamando asimismo la atención de los inteligentes la notable colección de tallas antiguas que poseen.

El Sr. Redo, que reside en la misma calle que el Sr. Presidente, es uno de sus amigos más íntimos y de las personas que mayor influencia tienen con él.

Metido en el terreno de las semblanzas mexicanas, he de ocuparme de mi excelente y fino amigo el Licenciado y Senador D. Ildefonso Lancaster Jones, una de las figuras más conspícuas de la República, que reside en un precioso hotel de la calle de la Indus-

tria, en el barrio más bonito que existe en la capital y que por sus bonitas construcciones, casi todas con jardín, le dá cierto aire á aquellos preciosos barrios que existen en los alrededores de Londres. He tenido el honor de frecuentar bastante al Sr. Lancaster Jones y pasar ratos deliciosos en su casa, donde siempre admiré mucho las magníficas lunas de Saint-Gobain que adornan las paredes del salón principal; pero mucho más admiré siempre esa dulzura y afabilidad que hacen el encanto de cuantos le tratan y que por la amenidad de su conversación resultan minutos las horas que pasa uno en su compañía y siempre guarda de él la impresión de que en México hay muchos caballeros, pero más perfectos imposible.

Muchos son los edificios que existen en la capital de México que llaman la atención de los extranjeros; pero ninguno tanto como las iglesias, que son numerosísimas y de gran mérito, celebrándose en ellas el culto con gran pompa. Los estrechos límites de este libro no me permiten dar detalles siquiera

sucintos de ellas, ni ocuparme de la catedral, que es una de las más suntuosas que existen en el mundo y cuya belleza arquitectónica es la admiración de cuantos la visitan.

También lo son los incalculables tesoros que encierra y cuya descripción por sí sola requeriría muchos volúmenes.

Es arzobispo de México el Dr. Próspero María Alarcón, indio de pura raza y tan erudito como modesto, pues á pesar de su elevada dignidad se le puede visitar con la misma facilidad que al párroco de una aldea. Repetidas veces he tenido el honor de ser recibido por Su Eminencia, y hasta poseo una «auténtica» con que me obsequió al llevarle á bendecir varias medallas de Nuestra Señora de Guadalupe.

He tenido ocasión de visitar su dormitorio, que, por lo sencillo y modesto, parecía el de un estudiante. La capilla particular del señor arzobispo es tan pequeña como artística y sobre el altar pende un cuadro de Murillo de inestimable valor.

El billar es recreo muy favorito de Su

Ilustrísima y tiene uno instalado directamente sobre el comedor y al que se asciende por estrecha escalera de caracol. Jamás tuve el honor de medir mis fuerzas en este noble juego con el señor arzobispo, pero algunos de sus íntimos me han asegurado que suele hacer series de 30 carambolas.

He dicho que nadie que vá á México deja de visitar las haciendas. Diré también que nadie va á México, ya sea por recreo ó por negocios, que deje de conocer y tratar al señor D. Sebastián Camacho, que resulta el hombre indispensable y por cuyas manos todo el mundo ha de pasar. No existe sociedad de crédito, empresa de ferrocarril, compañía de seguros, Casino, Círculo ó negocio del que no sea si no presidente cuando menos vocal, y á tal punto llega su autoridad, que aun en los tribunales de honor indefectiblemente es presidente.

Este anciano tan simpático y modelo de caballeros es de una actividad prodigiosa, como lo demuestra el hecho de haberme él mismo afirmado que tiene representación

en treinta y cuatro sociedades de diversa índole.

El cuerpo diplomático extranjero, como he dicho ya, pasa en México inadvertido, y aparte del ministro inglés, los demás viven en una modestia tan grande que casi toca con la humildad, y ministro he visto representando una de las naciones más íntimamente ligadas con México, que á pesar de ostentar un título de duque vivía en el hotel Iturbide con la misma sencillez que podía vivir yo

Si en todas partes se oyen quejas respecto al servicio de criados, en parte alguna con razón tan justificada como en México, pues este ramo es pesísimo y hasta cierto punto justifica la falta de reuniones y comidas á que he aludido, pues para esto lo primero que se requiere es buen servicio.

El criado mexicano generalmente tiene solo lo puesto ó poco menos. Su guardarropa generalmente es la casa de empeños, donde mete una prenda para sacar otra, según las circunstancias; pero si sirve mal tampoco

es exigente; muy rara vez dispone de una habitación para sí, y lo más común es que duerma sobre un petate en el primer corredor que le convenga.

No he de olvidar fácilmente un día en que fui á visitar una señora muy distinguida. Como quiera que había salido, la dejé una tarjeta, y no pude menos que soltar una carcajada cuando el criado con la mayor naturalidad me dijo: «¿Y quién digo á la señora que ha estado á verla?»

En México existen frases muy graciosas, como el «No se dilate» por «No tarde usted»; «No esté parado» equivale á «Siéntese usted»; «Había una bola», quiere decir «Mucha gente»; pero ninguna creo tan cómica como la siguiente: había yo pedido á mi distinguido amigo D. Alfredo Guzmán que me citase hora para visitarle una mañana; presentéme á la que me indicó y al ser recibido por su criado y preguntarle por su amo, me contestó: «El señor no recuerda». La contestación me dejó estupefacto. ¿Cómo no me recordaba, si le había visto la víspera?

Insistí de nuevo y entregándole mi tarjeta le rogué se la presentase al Sr. Guzmán; volvió al poco rato y devolviéndomela me indicó que lo sentía mucho, pero que su amo no recordaba. Dejé la casa convencido de que mi amigo se había vuelto loco! Al referir por la tarde á un conocido mío lo sucedido, rióseme en las narices, explicándome que en México «No recuerda» quiere decir «Está durmiendo!»

Es muy frecuente en México entre los hombres llevar nombre de mujer, lo cual al que no está acostumbrado le disuena mucho. Los he conocido llamados Dolores, Trinidad, María, Magdaleno, Margarito, Concho, etc., etc.